

## ECOLOGÍA INTEGRAL. UNA LECTURA DE LAUDATO SI' DESDE EL CAPITALISMO NEOLIBERAL

*La propuesta del Papa Francisco en Laudato Si' va más allá de incorporar las preocupaciones medioambientales a la Doctrina Social de la Iglesia. Francisco realiza un fino análisis de los problemas globales de la humanidad descubriendo dos realidades interconectadas: el sufrimiento de los pobres y el de la Tierra. Interconectadas porque hay un causante común: el modelo socioeconómico y político neoliberal globalizado. Un modelo que mata a las personas y al planeta entero.*

Miscelánea Comillas 74 (2016) 285-308.

### Introducción

La lógica que subyace al modelo socioeconómico y político neoliberal imperante es una lógica basada en el lucro ilimitado. Esta ausencia de límite es, precisamente, la raíz del pecado en el relato bíblico de la expulsión del paraíso. Adán y Eva traspasan el límite de lo que les era posible al comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal; van más allá de lo que les constituye como humanos. Ser humano es vivir en un mundo con unos límites -morales, físicos y metafísicos- muy precisos. Cuando se sobrepasan, el hombre se convierte en un ser distinto a su vocación. Dios puso al hombre en el jardín para que lo cuidara y protegiera poniéndole un límite: no comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal; y les advirtió de las consecuencias de transgredirlo. Adán y Eva traspasaron el límite moral – comer del árbol– y este límite pa-

só a ser ontológico: la muerte. Antes de traspasar el límite no tenían porqué morir; al traspasarlo no pueden no morir. Así, la mortalidad es la consecuencia de la extralimitación moral.

Hoy el hombre ha sobrepasado el límite. Con la ciencia y la técnica es capaz de destruir aquello que le fue dado para cuidar, y ello le llevará a no poder no morir como especie. Contra esto se levanta el Papa Francisco en esta encíclica, poniendo sobre la mesa los problemas que afectan a nuestra casa común y destapando las causas profundas que nos llevan a esta situación. En este artículo, dando un paso más sobre su reflexión, intentaremos dejar clara la incompatibilidad de lo humano con el modelo socioeconómico imperante del capitalismo neoliberal globalizado, así como de la urgencia de una revolución que no puede ser otra que la de la ternura y la misericordia.

## EL MUNDIAL EN QUE HEMOS CONVERTIDO NUESTRA CASA COMÚN

*“Lo que está pasando en nuestra casa”*. Éste es el título del primer capítulo de la encíclica *Laudato Si’*. En él, el Papa repasa los problemas acuciantes del planeta desde dos perspectivas, ambiental y social, sin separarlas ni confundirlas, porque lo que le sucede al planeta afecta a los hombres y viceversa. No podemos olvidar que el sistema ecológico es una unidad de todos sus componentes.

Lo más significativo del texto del Papa Francisco es su convicción de la comunión de males en la que se encuentran el planeta Tierra y los más pobres de la tierra. Los lugares más ricos en biodiversidad y subsuelo son los que más sufren el acoso del modelo económico imperante que les ocasiona no solo un mal ecológico sino también una injusticia social. Así, los pobres no lo son porque sus hábitats lo sean. Al revés, son lugares de extrema riqueza, pero de una riqueza muy codiciada por las grandes corporaciones y por los países que se enriquecen con su extracción.

La degradación medioambiental, debida a un modelo socio-económico de desarrollo que no tiene en cuenta la limitación de los recursos, se produce fundamentalmente en los ámbitos de la contaminación, del agua y de la pérdida de la biodiversidad. La contaminación deriva del proceso productivo

y del proceso del consumo. Ambos van unidos, si bien el primero es el más preocupante. A pesar de que en los países enriquecidos se ha procurado la menor cantidad de contaminación posible debida a los procesos de producción, los niveles de contaminación son muy elevados y el coste para el medio natural y para los humanos, muy alto.

En los países llamados “en vía de desarrollo” los efectos del actual modelo productivo aún son más alarmantes, de tal modo que se están convirtiendo en las cloacas del sistema productivo internacional. Así, la deslocalización de la industria textil y manufacturera, para buscar salarios más bajos, ha llevado a externalizar nuestra contaminación. Con casi un cuarto de la población mundial, los países enriquecidos consumen las tres cuartas partes de lo que se consume en el planeta. Además, las grandes empresas tecnológicas y las corporaciones del sector textil y del automóvil, aprovechan la escasa o nula reglamentación medioambiental o recurren a la corrupción para no tener que hacer las inversiones necesarias para evitar la contaminación. El río Mekong, por ejemplo, es uno de los más contaminados del planeta, mientras que su población no es capaz de salir de la pobreza. Otro es el caso de Ghana que se ha convertido en el país más contamina-

do por residuos tecnológicos. Allí han ido a parar materiales de segunda mano (teléfonos, televisores, lavadoras, etc.) procedentes de las empresas de países ricos que, en vez de reciclarlos, los exportan. Y allí, en Ghana, son amontonados y sus elementos plásticos quemados por niños para extraer los escasos materiales valiosos. La contaminación del aire y de los pulmones de estos niños es la consecuencia.

Esta contaminación afecta al clima ya que la emisión de gases de efecto invernadero es la causa principal del calentamiento de la tierra. Desde 1958 este gas ha pasado en la atmósfera de 350 ppm (partes por millón en la atmósfera) a los 407 ppm actuales: un aumento de un 33%. Además el calentamiento repercute en el metano encerrado en el permafrost de Siberia; al derretirse éste, deja salir el metano allí contenido, provocando un efecto de calentamiento veinte veces mayor. Desde el inicio de la era industrial la temperatura media ha aumentado 1,1° C y para el año 2100 puede haber un aumento de hasta 7° C. Todo ello incide en el derretimiento de los hielos árticos y antárticos: un verdadero desastre para la vida del ser humano en el planeta Tierra.

Otro problema que puede ser aún de mayores consecuencias a corto plazo es el del agua. Las aguas potables del planeta están siendo sistemáticamente contaminadas; los recursos hídricos —cada vez más escasos— están siendo pri-

vatizados para el beneficio de unos pocos, como son las grandes empresas embotelladoras que se apropian de un recurso común para un beneficio privado. Un claro ejemplo se da en la India, donde grandes acuíferos han sido comprados por Coca-Cola para su explotación, mientras las gentes de la región no disponen del agua necesaria para vivir.

Por último, la *Laudato Si'* hace referencia a la pérdida de la biodiversidad provocada por los desastres que la acción humana ocasiona y por la avaricia de algunos que ponen en riesgo zonas del planeta que permiten la subsistencia de una enorme diversidad biológica, necesaria para la pervivencia de la vida en el planeta. Un ejemplo concreto nos lo ofrecen las grandes empresas de aceite de palma que están deforestando amplios lugares de África subsahariana o de la isla de Borneo, para la plantación de esta oleaginosa. El aceite de palma es un buen conservante barato de producir, pero la extensión de su plantación ha ocasionado la pérdida de los bosques originarios más importantes que aún quedaban en el planeta y que gozaban de una enorme biodiversidad. Además, los habitantes de estas zonas son sistemáticamente explotados para la obtención de la palma, y después serán descartados.

Este es, pues, el problema central: que el modelo económico imperante descarta todo lo que no le es útil. Mientras es productivo, lo

usa y cuando no lo es, lo tira. Usar y tirar el medio ambiente, usar y tirar a las personas. Pasemos a estas últimas.

## El deterioro humano

El sistema productivo exige altas concentraciones de consumidores y de productores para aumentar la eficiencia. Ello ha dado lugar a la aparición por todo el planeta, y en especial en los países en desarrollo, de mega urbes donde malviven hacinadas millones de personas como mano de obra y ejército en reserva del sistema productivo internacional. Mientras, en el otro lado del mundo, millones de personas se hacinan en los grandes centros comerciales para consumir. No hay consumo sin producción ni producción sin consumo. Son las dos caras de la misma moneda del desarrollismo, verdadera patología del sistema económico neoliberal globalizado.

Este sistema se ha dado tanto en el modelo capitalista como en el comunista. Los dos estaban de acuerdo en esta necesidad de producir más a toda costa. En el capitalismo para el lucro de los capitalistas, en el estalinismo soviético para el lucro del Estado. Y es que el productivismo es hijo del ideal de progreso de la modernidad ilustrada. Ideal que no es sino una carrera loca hacia un abismo destructivo que se come su propio sustento físico a la vez que se re-

produce. En el modelo capitalista, además, el productivismo viene asociado al consumo, y esta asociación es la madre de la destrucción física del planeta y moral del ser humano: *“el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos”* (Laudato Si’ n° 48).

Pero esta degradación no afecta del mismo modo a todos los habitantes del planeta. El 1% de los seres humanos disfruta del 50% de los recursos y riqueza producida; otro 10% disfruta de un 30% de dicha riqueza. El resto de los recursos y de la riqueza (un 20%) queda para el 90% de la población mundial y, además, con un reparto también desigual, porque de entre ellos el 70% puede disfrutar de sólo el 3% de la riqueza. No estamos, pues, ante un problema de escasez sino de injusticia. Injusticia no en el reparto sino en el modelo que gestiona la producción y la distribución. Un modelo que mata a una parte de la población mundial, y explota a otra en beneficio de un grupo muy reducido.

Así es el capitalismo neoliberal globalizado postmoderno. Crea un infierno en una parte importante del planeta: una degradación natural que conlleva una degradación humana y ambas puestas al servicio de la riqueza y el lujo superfluo de una pequeña parte de la población mundial. Así, en muchos lugares de África, Asia y América Latina miles de millones de seres humanos viven en condiciones infrahumanas para servir al dios del productivismo, sin que su produc-

ción les reporte apenas algún beneficio: sueldos de miseria y largas horas de trabajo los mantienen sumidos en esclavitud. Pero estas condiciones de vida pésimas son las que la industria necesita, por ejemplo en Congo, para extraer a bajo coste el coltán, mineral necesario para la producción de móviles.

El medio más efectivo para conseguir que los países empobrecidos lo sean ha sido y es la deuda. Ya sea mediante la fuerza o mediante la corrupción, los países enriquecidos han conseguido que los empobrecidos se endeuden con ellos, de modo que países enteros deben aplicar las políticas que interesan a las grandes corporaciones. Efectivamente, en los años 60 y 70 los países desarrollados tenían exceso de solvencia económica y ofrecieron grandes cantidades de dinero para préstamos a bajo interés a África y América Latina. En los años 80, Wolker, el presidente de la FED americana, elevó los tipos de interés del 2 al 20% en dos años. Se provocó así la crisis de la deuda de unos préstamos que no habían servido para desarrollar a los países empobrecidos, porque buena parte de ellos se habían quedado en los bancos a nombre de políticos de dichos países. En cambio era el país entero el que debía devolver el préstamo. Al no poder hacerlo, cayeron en manos de los prestamistas que les obligaron a malvender los recursos naturales. Así, durante 30 años de neocolonialismo por deu-

da, Occidente ha explotado sin piedad aquellos recursos generando una deuda ecológica con aquellos países. Si hacemos cuentas, todavía les debemos dinero.

## Las reacciones

Para atajar el problema es fundamental establecer límites. El límite es lo que nos constituye como humanos y su carencia es lo que nos pone en situación de riesgo. El Papa Francisco lo dice con toda claridad: “*se vuelve indispensable crear un sistema normativo que incluya límites infranqueables y asegure la protección de los ecosistemas, antes que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecnoeconómico terminen arrasando no sólo con la política sino también con la libertad y la justicia*” (Laudato Si’ nº 53).

El paradigma tecnoeconómico —lo que hemos llamado productivismo y consumismo— es el que lleva a superar los límites que nos permiten ser humanos. Pero sin límites y sin una autoridad que los haga respetar, es muy posible que la política —que ya ha sido sustituida por una pura gestión técnica— y también la libertad y la justicia acaben eliminadas. Algo de eso estamos viviendo hoy. Los medios de comunicación informan poco y de mala manera debido al control que ejercen los poderes económicos sobre ellos, y debido al hecho de vivir de la publicidad, lo cual condiciona que digan algo que va-

ya en contra de los intereses de los anunciantes. Sufren así un doble control: el de los propietarios y el de los anunciantes, unos y otros embarcados en el paradigma productivista-consumista. Los poderes económicos, a su vez, no duermen para seguir reproduciendo este paradigma donde prima la especulación y una búsqueda de la renta financiera, ignorando cualquier efecto sobre la dignidad humana y el medio ambiente.

Estamos ante un problema ético, político y económico. La degradación moral del sistema económico es la que produce la degradación ambiental y humana. Ante ello no basta con un cambio de actitudes; es preciso avanzar hacia un cam-

bio del sistema completo para pasar a otro donde se respete tanto la dignidad humana como la del planeta entero. No es suficiente un moralismo infantil que propugne que los malos se hagan buenos consumiendo un poquito menos o compartiendo un poquito más. No basta un ecologismo superficial que tiña de verde el modelo capitalista. Tampoco la engañosa sobrevaloración de las soluciones que el propio paradigma tecnocientífico aporta en forma de milagros energéticos que salvarán el planeta sin una verdadera transformación social. Hace falta una transformación radical del modelo capitalista y su sustitución por un modelo del don.

## **LA RAÍZ HUMANA DE LA CRISIS GLOBAL ACTUAL**

La crisis actual de la humanidad no puede ser reducida a una crisis económica o financiera. Se trata de una crisis sistémica que afecta a un paradigma completo, a una manera de entender el mundo y las relaciones sociales. Para Francisco se trata del paradigma tecnocientífico sometido a los criterios economicistas de un progreso mal entendido. Siendo esto cierto, creo que el problema es aún más profundo. El paradigma tecnocientífico está asociado a un modelo económico: el capitalismo neoliberal. Éste es el verdadero causante de los males que vivimos. Intentaremos ver los tres pilares sobre los que se asienta este paradigma:

el productivismo como patología desarrollista, el relativismo práctico como patología moral del hombre y la ausencia de límites como patología del sistema capitalista neoliberal. Lo haremos siguiendo el análisis del Papa Francisco pero avanzando más allá de su comprensión del problema.

### **El productivismo, la patología del progreso**

Para el Papa Francisco el paradigma tecnocientífico es el causante de los males que nos aquejan. Para nosotros es solo una expre-

sión de un mal más profundo: el capitalismo neoliberal. Ciencia y técnica por sí solas no son capaces de hacer ningún mal al hombre, pero cuando se ponen al servicio de un modelo socioeconómico hacen estragos. El problema está en este modelo capitalista cuya esencia lleva a un crecimiento constante generador de desigualdad. El capital tiene una tendencia innata al crecimiento; para subsistir necesita producir más. No hay límite.

La escuela de Chicago, dominante hoy en las facultades de economía, enseña que el problema de la economía es que existen recursos limitados para necesidades humanas ilimitadas. Igualmente enseña que dicha ciencia debe establecer los criterios para una producción y distribución de los recursos lo mejor posible. Opinan que ha de regir la ley del libre mercado que, además, es capaz de autorregularse. Pero en este pensamiento hay dos falacias:

- es falso que las necesidades humanas sean ilimitadas; lo que es ilimitado es el deseo humano. Lo que consideran como “normal”, a saber lo ilimitado de las necesidades del ser humano, es simplemente una patología que, por cierto, es muy propia del capitalismo neoliberal. Conviene pues revertir estas enseñanzas y mostrar su falsedad.

- es falso que existan mercados libres y que se autorregulen. Desde siempre los mercados han estado bajo control social y la economía nunca ha sido un ámbito

independiente. Incluso en el capitalismo los mercados han estado regulados para que las grandes corporaciones puedan hacer negocio sin trabas. Por eso, cuando la escuela de Chicago habla de “autorregulación del mercado” lo que quiere decir es “autorregulación de las corporaciones que controlan el mercado”.

Así pues, la economía capitalista liberal es más que una “teoría económica”; es un sistema ideológico completo e integral que se sostiene mediante las falacias indicadas y que se transmite a las nuevas generaciones inculcando en ellas la mentalidad del productivismo. De este modo el motor del capitalismo se convierte en elemento ideológico sustancial de la sociedad. Así, por ejemplo, en España, antes de la última crisis del 2008, se nos decía que la única manera de ser felices era creciendo un 3% anual con lo cual se crearía empleo y se satisfacerían muchas de las necesidades del país. Pero, a pesar de este crecimiento, un 20% de la población vivía bajo el umbral de la pobreza, una cuarta parte de los trabajadores tenía trabajo precario y un tercio de los jóvenes estaban en paro, mientras que las grandes fortunas crecían a un ritmo de un 9% anual. La conclusión es clara: ese crecimiento que nos tenía que hacer felices iba a parar a una pequeña porción de la sociedad. Ocho años después siguen con la misma cantinela del crecimiento económico para solucionar la crisis, pero sigue aumentando el nú-

mero de pobres y los ricos son un 15% más ricos cada año.

Por desgracia, se ha conseguido inculcar en la población el discurso del crecimiento económico y del productivismo. Producir más y mejor es la orientación de la política económica del capitalismo neoliberal. Y cuando hay ámbitos de la economía que se sustraen a este modelo, se busca la manera de introducirlos en el circuito productivista, porque para sostener el capitalismo es preciso que la sociedad al completo se integre en el paradigma productivista y en sus criterios. De ahí que se reduzca el funcionariado, las ayudas sociales, que se privatizen sectores de la educación o la sanidad. La máxima expresión de este proceso es la de convertir al mismo ser humano en una parte del mismo, en un eslabón más del proceso productivo.

El productivismo, en tanto que patología social, afecta al hombre y afecta a la naturaleza. Requiere del hombre como garante de su reproducción constante, ya sea como productor ya sea como consumidor. Incluso el consumismo se convierte en una especie de productivismo pasivo: consumir también es producir. Por eso es necesario frenar esta dinámica mediante una “revolución de la conciencia humana” para que se niegue a seguir participando de esta locura. El Papa Francisco dice que es necesario aminorar la marcha para recoger los valores positivos que el “desenfreno megalómano” ha arrasado (cfr. Laudato Si’ n° 114). El produc-

tivismo y el consumismo son la causa de este desenfreno megalómano. Pero el mal de raíz está en el sistema capitalista neoliberal, que es el paradigma real que nos ha atrapado. Ante ello el único camino es el del decrecimiento económico que produzca un crecimiento moral.

### **El relativismo práctico como adormidera**

El relativismo práctico que gobierna nuestras acciones es una adormidera de las ansias de revolución. Se nos enseña que tenemos derecho a seguir nuestros propios proyectos y sueños sin importar qué haya que hacer para conseguirlos. “Persigue tu sueño” es el nuevo mantra que repiten los publicistas para suscitar en nuestro imaginario apetitos desbocados, adquisición de todo tipo de productos. Estos sueños, relativos e individuales, chocan frontalmente con la existencia de principios y verdades objetivas como respetar a los demás, no utilizar lo que no es necesario, compartir con otros lo propio, etc. Hoy, estas verdades objetivas que han servido para educar a lo largo de milenios, son tenidas por humo cuando se enfrentan a mi deseo irreprímible. Todo lo sólido se disuelve. El Papa Francisco insiste en el peligro de este relativismo: *“Si no hay verdades objetivas ni principios sólidos, fuera de la satisfacción de los propios proyectos y de las necesidades in-*



*mediatas, ¿qué límites pueden tener la trata de seres humanos, la criminalidad organizada, el narcotráfico, el comercio de diamantes ensangrentados y de pieles de animales en vías de extinción?”* (Laudato Si’ n° 123)

Todo queda bajo el principio de la satisfacción de los propios apetitos; no hay un límite infranqueable, pues no hay ninguna verdad objetiva que limite mi deseo. Todo vale lo mismo, que es como decir “nada vale nada”, pues para que exista el valor debe haber un polo objetivo del mismo, un máximo de valor que relativiza el resto. Cuando el límite no existe solo queda detrás del deseo el sujeto sujetado a su deseo como valor absoluto. De esta manera da lo mismo comprar productos elaborados con mano de obra infantil que consentir la expulsión de los refugiados. Todo está permitido si con eso se consigue aplacar el deseo absoluto del sujeto ensimismado.

En este punto, la ausencia de valores objetivos se transforma en una cultura; la cultura del relativismo, que muy bien describe el Papa Francisco en el n° 123 de *Laudato Si’*. Cuando esta lógica del relativismo se ha impuesto como cultura, cuando ya se ha hecho “civilización”, lo humano se confunde con el individualismo. Se trata de una cultura civilizatoria que daña al ser humano y a la naturaleza. Por detrás de esta patología está la idolatría de las leyes del mercado. Estas leyes se utilizan para producir alimentos en África para ser

exportados a Europa, mientras allí mueren de hambre, como para utilizar niños y niñas como esclavos sexuales o para saquear los mares y poder llenar las mesas de los restaurantes de las grandes ciudades. El mercado se ha convertido en un ídolo que todo lo justifica, y los daños producidos por su lógica se consideran inevitables si queremos que la economía crezca. Es el ídolo principal del productivismo y el sostén del relativismo práctico.

Al convertirse en una lógica cultural, este relativismo práctico no puede ser vencido solo con la ley o con un proyecto político; es necesario ir a la raíz humana de ese mal. Es verdad que necesitamos leyes y políticas que cambien esta lógica, pero más importante aún es la necesidad de transformar los corazones y las mentes de las personas para que cambiemos esa lógica global que, en palabras de Francisco, “*es la lógica del usa y tira que genera tantos residuos solo por el deseo desordenado de consumir más de lo que realmente se necesita*” (*Laudato Si’* n° 123). La lógica del usar y tirar, del consumo sin medida, es la lógica del lucro. Productivismo y consumismo son dos caras de la misma moneda del progresismo que nos ha conducido hasta el relativismo práctico.

### **Más allá del límite: la técnica separada de la ética**

El límite es la garantía de lo

humano. Los dioses, en el panteón griego, eran ilimitados por definición, de ahí que fueran inmorales. Ser inmortal te hace inmoral. La garantía de la moralidad es la mortalidad. Solo si tenemos un límite absoluto —la muerte— nuestra vida cobra valor y nuestras acciones son importantes: no es lo mismo si me caso o no, si tengo hijos o no, si cuido a mis padres o no, si respeto a mis semejantes o no, si cuido mi entorno o no, etc. No es lo mismo porque tengo que morir. Por eso el paradigma tecnocientífico ha silenciado la muerte, la ha excluido de la sociedad: el proceso de medicalización de la muerte, la separación de los vivos en el trance del moribundo, la supresión farmacológica del duelo, etc., nos lleva a perder la conciencia de la muerte. Y la pérdida de esta conciencia nos lleva a la relajación de la moralidad. Es el límite de la muerte el que nos pone en nuestro sitio y nos hace ser conscientes de quienes somos: seres mortales, finitos y limitados. Cuando se accede a la conciencia de la muerte se accede a la madurez y al ámbito de la libertad. Solo si eres responsable de unos actos que han cobrado valor a la luz de la finitud será posible ser libre. La conciencia del límite de la muerte nos hace responsables de nuestros actos y esto nos hace libres y, por tanto, morales.

Desde el nacimiento de la modernidad, la ciencia y la técnica han sido los sustitutos de la magia de la antigüedad. La búsqueda de la eterna juventud y, por tanto, de

la inmortalidad, pasó a sustituir a la búsqueda de la piedra filosofal propia del mundo tardo antiguo y medieval. Aunque la piedra filosofal tenía poderes, se la buscaba por el conocimiento que aportaba. En el paradigma tecnocientífico no se busca el conocimiento sino los efectos. Se trata de un paradigma práctico que busca controlar los procesos naturales y al hombre mismo. Por su propia estructura es una ruptura de los límites, pues la técnica sin ética no es más que la vida sin límites del paraíso, una vuelta a la situación edénica previa a la expulsión en la cual no se aceptan los límites.

Hoy la ciencia es capaz de leer literalmente el cerebro humano, de implantarle un chip de memoria, de soldar las neuronas y, en breve, será capaz de volcar la información cerebral en un ordenador. Puede cambiar cualquier elemento de nuestro cuerpo por otro de las mismas características y es casi posible mantener con vida ilimitada a un ser humano concreto. Ciencia y técnica han rebasado el límite de la vida y del conocimiento. Ahora casi somos como dioses. Podemos destruir este planeta y podemos construir vida en otro; podemos modificar las leyes de la naturaleza, transformar la realidad a nuestro antojo. Y este es el problema, que nuestro antojo es el lucro y el consumo, la satisfacción de nuestros deseos.

Somos capaces de modificar genéticamente organismos para que cumplan ciertas característi-

cas requeridas por las empresas y, sin embargo, no somos capaces de acabar con el hambre del 15% de los seres humanos, ni de cuidar nuestro planeta para que sirva a las generaciones futuras, ni de evitar la muerte y el sufrimiento de miles de millones de seres humanos. Y no lo somos porque no queremos. Se trata de un acto moral. Ha-

cer lo uno y no lo otro son actos morales que nos cualifican como seres humanos. Vivimos en una época de inmoralidad radical, fruto del paradigma tecnocientífico que nos ha llevado al relativismo práctico que es el humus del sistema capitalista neoliberal globalizado.

## **HACIA UNA ECOLOGÍA INTEGRAL: LA REVOLUCIÓN DE LA TERNURA Y LA MISERICORDIA**

Una ecología integral es la que no separa lo ambiental de lo humano y lo humano de lo socio-cultural. El término “ecología” versa sobre la casa común que es la Tierra, donde todo está íntimamente relacionado y ordenado –como presenta el relato del Génesis– para la vida del hombre en su medio natural. En ese jardín Dios puso todos los elementos necesarios para la vida; junto con lo físico y lo estético, también lo ético, esto es, el límite. El hombre recibió el encargo de cuidarlo y el mandato de comer de todo excepto del árbol del centro del jardín.

En ese contexto se trata de establecer los criterios políticos para que esa vida en la Tierra pueda seguir adelante. Veremos que para ello lo primero será poner los límites de lo humano; lo segundo percibir cómo todo está interconectado, y lo tercero considerar la revolución de la ternura como verdadero cambio paradigmático: del paradigma tecnocientífico del re-

lativismo práctico del capitalismo neoliberal, al paradigma del don recibido y del bien común.

### **Poniendo límites**

Un cambio de paradigma empieza cuando se ponen en cuestión los dogmas que lo sustentan. Los dogmas que sustentan el paradigma tecnocientífico son el productivismo y consumismo junto con la satisfacción del deseo; éstos, a su vez, se apoyan en la ausencia de límites físicos, éticos y sociales. Por tanto, lo que hay que hacer para cambiar el paradigma es poner límites a nivel personal y social: el cambio de paradigma es el cambio de mentalidad personal que luego transforma la sociedad.

Hay que decirlo con claridad: no todo vale, no todo está permitido. Se trata de proponer nuevamente los imperativos categóricos kantianos, de modo que la máxi-

ma de nuestra acción pueda ser ley universal. Así lo dice Hans Jonas en su libro *El principio responsabilidad*: “obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la Tierra”. La versión negativa de lo mismo dice así: “no pongas en peligro las condiciones de la continuidad indefinida de la humanidad en la Tierra”. Y tiene una expresión aún más apropiada: “incluye en tu elección presente, como objeto también de tu querer, la futura integridad del hombre”

Estos imperativos implican introducir el límite en las acciones humanas para que los efectos de las mismas sean compatibles con la “*vida humana auténtica*”. Por eso no podré consumir sin límite, deberé mirar quién, cómo y en qué condiciones lo ha producido, si esas condiciones son compatibles con la sostenibilidad del Planeta y con la dignidad humana, etc. Para no poner en peligro “*la continuidad indefinida de la humanidad*” deberemos poner límites a la tiranía del crecimiento ilimitado: es ilusorio pensar que el Planeta va a resistir este ritmo trepidante de producción actual.

Más importante aún es incluir “*en nuestras elecciones presentes la futura integridad del hombre*”. Esto implica un límite absoluto a nuestro deseo y el fin del relativismo práctico y del propio capitalismo. El paradigma capitalista se asienta sobre la ignorancia de las consecuencias futuras de nuestras

acciones presentes. Introducir el límite de la imprescindible conservación de lo que el hombre es íntegramente, rompe con su lógica relativista. Que mis nietos puedan vivir de un modo digno como hombres, en un ambiente natural benigno y en una sociedad justa, es un límite radical a mi querer y a mi voluntad: no puedo quererlo todo porque no todo es compatible con la existencia humana íntegra en la Tierra. Una voluntad pervertida se deja arrastrar por sus deseos exacerbados; una voluntad sana tiene presente las consecuencias de sus acciones, por eso limita sus deseos a las necesidades humanas y éstas a las más elementales: vivienda, alimento, vestido, cultura, educación, sanidad y comunicación.

## Todo está relacionado

Otro elemento necesario para una ecología integral es romper con la falacia del individualismo que corta los vínculos entre lo natural y lo humano, entre lo individual y lo colectivo. El ser humano solo puede vivir inserto en una comunidad cultural e histórica, porque es persona, no individuo. Ser persona implica la relación como un elemento no accidental sino sustancial de lo humano.

Se trata de una relación que tiene cuatro ámbitos. En primer lugar una relación *con el otro*, con el prójimo, que me constituye en un “tú” capaz de responderle. De aquí na-

ce el principio de responsabilidad y con él el sujeto ético, limitado por “el otro”.

En segundo lugar, una relación *con el medio natural*. Esta relación constituye nuestra mismidad biológica que nos configura en animales capaces de contemplar el mundo como lugar en el que estoy y del que dependo y que, a la vez, depende de mí. De aquí nace el sujeto estético limitado por “lo otro”.

En tercer lugar una relación *con la comunidad*, con la sociedad, la cual constituye nuestro ser sujeto político limitado por la colectividad. Y por último, la relación *con el Otro* la cual constituye nuestro ser sujeto espiritual marcado por el límite trascendental.

Estas relaciones nos indican que todo está interconectado, que no es posible actuar en uno de los ámbitos sin que tenga efectos en los otros. Así por ejemplo, mi acción de comprar tiene unas consecuencias en el medio natural y en los otros que se ven afectados por mi decisión; mi trabajo repercute en la naturaleza y en la sociedad; mis actos no son inocuos, etc. Todo está relacionado con todo y todas nuestras decisiones tienen sus consecuencias. Así, cada uno deberá cargar con las consecuencias de sus deseos, porque las acciones tienen arreglo material pero los deseos solo tienen arreglo moral. Por eso urge transformar la estructura volitiva humana, su corazón y su mente, para que podamos vivir indefinidamente en la Tierra. Hace

falta una revolución integral.

## **La revolución de la ternura**

Esta revolución integral implica encaminarnos hacia un nuevo paradigma: el paradigma del don en el cual uno se siente agraciado por el puro don de la existencia. En este contexto el corazón del hombre se ve conmovido por la naturaleza que penetra en él y estalla en su interior en armonía universal. Y también se ve conmovido por la presencia del otro y de los otros que claman a su compasión. Finalmente, este corazón concernido por lo que le rodea se ve anodado por la presencia del Otro.

Podríamos denominar a este paradigma del don también como “paradigma de la ternura”. La ternura es la constitución esencial de lo humano; el movimiento interno del hombre que sale de su mismidad al encuentro de lo otro, del otro, y se deja llenar por él, deja que sus entrañas se revuelvan ante la presencia del misterio que envuelve la realidad. Cuando el hombre vive esta experiencia, su ser apaga los deseos y ya solo desea la plenitud de la presencia de lo otro y del otro. Esta ternura le lleva a la contemplación de la naturaleza como la manifestación de una presencia trascendente.

La revolución de la ternura debe partir del propio cuerpo, síntesis de lo biológico y lo espiritual en el hombre. La relación con el

propio cuerpo es ya un indicio de la relación con los demás y con la naturaleza. Así lo expresa el Papa Francisco: *“nuestro propio cuerpo nos sitúa en una relación directa con el ambiente y con los demás seres vivientes. La aceptación del propio cuerpo como don de Dios es necesaria para acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común, mientras una lógica del dominio sobre el propio cuerpo se transforma en una lógica a veces sutil de dominio sobre la creación”* (Laudato Si’ n° 155). Y sobre los demás, cabría añadir. La lógica del dominio está subrogada a la lógica del deseo: mis deseos me dominan y me llevan a dominar al medio natural y a los otros. Es necesario liberar al hombre de esta lógica mediante la lógica del don.

Todo lo que somos y tenemos es puro don, empezando por la propia vida, pasando por el lenguaje hasta llegar a la materia que nos nutre y sustenta. Si todo lo he recibido, no puedo hacer uso indiscriminado de la naturaleza ni de los demás. Se impone el principio del bien común como criterio rector de las relaciones entre los hombres y con la naturaleza. El Papa descubre en este principio *“una llamada a la solidaridad y una opción preferencial por los más pobres. Esta opción implica sacar las consecuencias del destino común de los bienes de la tierra”* (Laudato Si’ n° 158).

Efectivamente, el principio del bien común implica que nadie

puede apropiarse de aquello que es común. Ni el sol, ni el agua, ni la tierra, ni la luz pueden comprarse, como tampoco la belleza o el amor. Estos bienes comunes deben tener un destino universal. Por eso, frente a la lógica del mercado, que excluye a una parte enorme de la población de los recursos básicos, se impone la lógica del don, que nos lleva a dar a cada uno según su necesidad y exigir de cada uno según su capacidad. Esta lógica supone el fin del capitalismo neoliberal, pero debe ir acompañada del respeto absoluto a la naturaleza. No se trata solo de repartir con justicia sino también de producir con justicia y respeto. Frente a los modelos socialdemócratas que buscan un reparto justo de lo injusto; frente al modelo neoliberal, al que le importa un pimiento el reparto, la revolución de la ternura supone un sistema nuevo de producción y distribución que respete el medio natural y la dignidad humana.

## Conclusión

La propuesta del Papa Francisco de una ecología integral tiene hondas repercusiones en lo social. No se trata solo de integrar lo humano en lo ambiental sino también de excluir el pensamiento atrapado en la lógica del paradigma tecnocientífico que está vigente en el modelo capitalista neoliberal. Las causas del erial en que hemos convertido la Tierra hay que bus-

carlas en la estructura profunda del relativismo práctico en que vivimos. El productivismo y el consumismo son la expresión de una concepción errónea del progreso, de una confianza ciega en las leyes del mercado y de una pérdida de lo que nos hace humanos: los límites. La ausencia de límites -para incitar el consumo sin medida- se ha convertido en la esencia de este paradigma.

Poner límites es la clave para transformar el paradigma. Primero dentro del ser humano, de su propio querer, de su estructura volitiva deformada por el deseo excitado, ayudándole a incluir como objeto de su querer la futura integridad del hombre. Segundo, en su exterior, en su obrar, poniendo límites al “todo está permitido”: aquello que no ayude a la íntegra

pervivencia de la humanidad, no está permitido.

La conciencia de la estructura relacional del ser humano -que se opone a su ser y vivir clausurado en sí mismo y en los propios deseos- es lo que le llevará a la revolución de la ternura. Simplemente se trata de dejarnos llevar por las mociones del propio cuerpo, por las entrañas de donde salen la conmoción tanto ante el sufrimiento como ante la belleza. Esta conmoción nos lleva a buscar las vías para hacer de nuestro mundo un lugar de amor y de misericordia, desde el reconocimiento del don como estructura que posibilite la vida. El Papa Francisco nos ha invitado a pensar esto con radicalidad: se trata de elegir entre respetar los límites o romperlos y con ello acabar con lo humano.

**Condensó: CARLES MARCET**

---

“Siendo el matrimonio un sacramento permanente, ¿cómo es posible seguir sosteniendo que la gracia de Dios permanece incluso cuando la “especie” del sacramento se ha degradado, es decir, cuando los dos cónyuges ya no están unidos por un vínculo afectivo, habida cuenta de que su unión ha acabado y hasta es posible que se odien? Sostener que la gracia de Dios permanece eficaz en situaciones como éstas o de ese género es algo que se antoja casi blasfemo.”

JESÚS MARTÍNEZ GORDO; VVAA “Rehacer la vida. Divorcio, acogida y comunión” (Cristianisme i Justícia, n. 192, p. 21)